



Cuento

*Hombre de mar**

Edmundo Altamiranda Baldiris¹

Edmundo.altamiranda@curnvirtual.edu.co

...desde que el abuelo se fue ya han pasado tres días. Hemos estado aquí encerradas esperando que alguien venga a tocarnos la puerta y nos despierte de una vez.

Después de cinco noches de fiebre alta y casi diez días de cama, el abuelo salió al patio como siempre lo había hecho, pero como nunca lo había visto hasta entonces. Tenía los ojos grandotes y asombrados, y desde ahí miró al mar fijamente como si fuera la primera vez que lo hiciera.

Miré también para donde él miraba y vi que el mar estaba como inquieto ese día, y las olas caían pesadas cerca de la casa. Yo me asusté mucho, nunca lo había visto así, pero el abuelo me miró, sonrió y me pasó la mano por la cabeza diciendo muy bajito que no pasaba nada.

Esa mañana se había levantado temprano, y mientras fumaba su tabaco como todos los días, hizo café con canela, barrió la casa hasta el patio que

* Cuento ganador del Festival de Arte Universitario (FAU) 2017, en la categoría Cuento y Narración oral.

¹ Magister en Educación de la Universidad de Cartagena. Lingüista y literato de la Universidad de Cartagena. Docente de Lenguaje de la Institución Educativa de Pontezuela. Docente de Tiempo completo de la Corporación Universitaria Rafael Núñez, CURN. Tutor del Programa Todos a Aprender del Ministerio de Educación Nacional (MEN). Coordinador del Club de Lectura Bajo Palabra, 2015. Orientador y tallerista de escritura creativa y animación a la lectura. Ha sido durante los últimos doce años formador de formadores, a nivel superior en lectura y escritura académica; y premiado en diferentes concursos de cuento y poesía en la ciudad de Cartagena de Indias. E-mail: edmundo.altamiranda@curnvirtual.edu.co; edmundoaltamiranda@gmail.com



da al mar, dibujó unas cosas extrañas en la arena y murmuró no sé qué palabras. Mamá miraba con detalle cualquier movimiento. No estaba acostumbrada a verlo así. Yo tampoco lograba comprender con qué fuerza podía hacer tantas cosas después del tiempo que pasó en cama. Además, el médico de aquí nos había dicho que en cualquier momento se nos iba.

Por esos días hacía tanta cosa que no nos dejaba nada que hacer. Pasaba horas arreglando su ropa, y brillando sus botas negras hasta alcanzar un brillo que parecía traspasar el propio cuero. Para entonces ya había en él una cosa rara. Yo sé que tenía ochenta y siete años vividos frente al mar, pero para el que llegaba a casa, y lo miraba, le era casi imposible saberlo. El último día que me habló supe que ya no era él.

Con la convalecencia, a menudo, llegaban algunos amigos y vecinos a visitarlo. Miraban impresionados los arreglos que le había hecho a la casa. Reforzó el pie de las columnas y curó la madera con aceite quemado y sal con gas. Pintó la casa entera, por fuera de un verde marino y por dentro de color mamón. También cambió las varas de lata y el mangle colorado que sostienen las palmas del techo. Ajetreaba tanto que ignoraba a cualquiera que estuviera a su alrededor. En ese mismo día terminó de remendar el trasmallo abierto en la cerca del patio, y desenterró de allí la canoa que hacía mucho tiempo no usaba, le cambió algunas tablas podridas y reemplazó prácticamente todo el rumbo por uno nuevo, asegurándose que quedara muy fuerte, porque le daba golpes por todos lados y movía la cabeza de arriba a abajo con los labios bien apretados.

Lo más raro fue que arrastró la canoa desde el patio hasta el cuarto, dejando una canal de arena que atravesaba la mita del suelo de la casa. Luego salió del cuarto y con los pies fue tapando toda la canal que había dejado hasta volver otra vez al patio. Ahí, donde comenzó y terminó, se quedó un buen rato con la cabeza abajo mirando su sombra, entonces volvió a murmurar



cosas que nosotras no entendíamos, eran las cinco de la tarde. Luego tomó otra vez la red, atravesó la casa, salió a la terraza frente al mar, se sentó y comenzó nuevamente a remendarla, ojalá por ojalá, hasta que se hizo de noche.

A eso como de las siete el abuelo entró al cuarto de mamá y le vació todas las cosas que ella tenía en un canasto grande de mimbre que ella usaba como costurero. Lo acomodó en la proa de la canoa y allí metió toda la ropa que tenía, hasta la sucia. Mamá se dio cuenta que el abuelo había cogido del costurero la única fotografía que ella tenía de mi papá, pero no dijo nada. También metió en el canasto un espejo mediano que usaba para afeitarse y el sombrero de paja que, según mi mamá, no se sabía en realidad de quien era: si había sido de mi papá o del abuelo.

Cuenta mamá que el sombrero era primero del abuelo y que era tan viejo que nadie se acordaba como había llegado a la casa. Pero cuando yo nació el abuelo se lo regaló a papá porque para él un hombre no era hombre de verdad cuando probaba mujer, sino cuando comenzaba a tener hijos, y que era entonces cuando podía usar sombrero, no antes. Pero luego el abuelo lo cogía prestado a cada rato, hasta que papá se lo dio al abuelo como regalo de cumpleaños.

Cuando mamá recuerda esto llora y se ríe a la vez. Ella dice que un dieciséis de diciembre que papá tenía la mano muy mala, lo único que se le ocurrió fue envolver en papel nuevo el viejo sombrero del abuelo, y que el abuelo al abrirlo pegó un grito con tanta felicidad que todos los vecinos que estaban en casa pensaron que se trataba de un regalo nuevo, hasta que vieron el sombrero otra vez. Pero entonces papá se había acostumbrado ya al sombrero que era él quien a cada rato se lo pedía prestado al abuelo. Con el tiempo no se supo de quien era, y lo usaba el que primero se lo pusiera temprano en la mañana.



Mamá y yo estábamos muy preocupadas porque pensamos que el abuelo llevaría la canoa a la playa para irse; y si así, con la misma energía con que hacía tantas cosas, remaba, entonces, ir a buscarlo otra vez sí iba a ser bien difícil. Pero como no fue así, nos tranquilizamos y con tal que no cogiera para el mar, dejamos que hiciera lo que quisiera dentro de la casa. Lo más extraño, y esto hizo llorar a mamá, fue darse cuenta que el abuelo había cogido escondido toda la ropa que mi mamá todavía conservaba de papá.

El penúltimo día, antes que se me acaben los recuerdos, mamá y yo estábamos lavando ropa en el patio cuando escuchamos, del lado de la casa que da al mar, tal alboroto y carcajadas a montón que fuimos a asomarnos. Al pasar por la sala vimos tirada en mitad del piso la ropa que mi abuelo tenía puesta ese día. Mamá corrió angustiada, y como pudo, abriéndose pasos entre la gente, llegó hasta donde él se encontraba. Pero lo que vio la detuvo. El abuelo corría por la playa correteando un ermitaño. Que hiciera esto no era nada del otro mundo, pero no sé por qué estaba desnudo.

Él acostumbraba a caminar todos los días por la playa y se quedaba horas enteras mirando al mar. La última vez que salió, antes de la fiebre, lo encontramos más allá de los morros, casi llegando a Manzanillo, pero nunca desnudo.

Mamá corría detrás y él en cada zancada parecía desarmarse, y las carnes se le movían como un vestido ancho, era como si se les fueran a caer. Pero los brazos, cuando los batía se les veían bien fuertes y firmes. Como estaba muy flaco, las paletas se le marcaban enormes en las espaldas, pero en todo el cuerpo se le veían como dos alas pequeñas. Cuando estuvo cerca del ermitaño, se lanzó sobre él, atrapándolo con la mano izquierda. Pero al rodar se golpeó la cara con un pedazo de piedra del espolón que estaba cerca. Creímos que se había privado, pero mantenía bien aprisionado su ermitaño. Mamá, agarrándolo por un brazo, trataba inútilmente de levantarlo. Fue



entonces cuando los vecinos nos ayudaron y, entre dos, agarrándolo de lado a lado por los brazos, lo pusieron de pie y lo entraron casi a rastras a la casa. El del lado izquierdo intentó varias veces liberar al ermitaño, pero el abuelo con su mano enorme apretaba más la concha.

El último día que estuvo en casa comenzó a hablar, no sabemos si solo o con el ermitaño. Mamá lo llamaba por su nombre para que comiera y no atendía, se mantenía como con una conversación rara con el ermitaño y, luego, como una explosión, afirmaba ser un tal Pedro De Abam, que él era inmortal y que ya no necesitaba de alimento.

Ese mismo día, ya en la tarde, tenía todo el patio lleno de esas figuras y dibujos extraños. Lo que más se veía en la arena eran esos dos enormes ojos que parecían mirar hacia el mar. Yo estaba ayudando a cocinar a mamá cuando apareció el abuelo en la puerta de la cocina. Estaba todavía más extraño, los ojos le saltaban de un lado para otro como pescaditos fuera del agua. Me tomó de la mano y me llevó al patio. Tenía mucho miedo porque me miraba como desde adentro. Entonces fue cuando me di cuenta que ese no era el abuelo, que era otro. Era su cuerpo viejo y huesudo, pero por dentro era otro. Su mirada era de otro. No sé cómo explicarlo, pero es algo parecido a como cuando una sueña y en el sueño una se ve como a otra persona, pero una sabe, y está segura, que es una.

Me dijo que se iba, señalando con todos los dedos de la mano izquierda hacia el mar. Que se iba y se llevaba su mar. Que llegaría hasta el final y soltaría la cuerda que sostiene la gran cortina del mar. Miré a mamá que se había venido detrás. Ella sonrió con lástima. El abuelo me dijo que no me preocupara, que para vivir nadie hacía falta. Empezaba a pensar que el abuelo había cogido carretera. Y mamá, que ya se había resignado a verlo así, no lo tomaba en serio, y le preguntaba cosas para molestarlo: qué por qué iba a necesitar tanta cosa allá a donde iba. Él contestó que así como era abajo era



arriba. Y entonces mamá se rió más y le preguntó que si era así para qué se iba a llevar el mar. El abuelo se enfureció y le gritó a mamá, con los ojos afuera y las venas del cuello bien marcadas, que nosotras las mujeres estábamos condenadas a nunca entender nada.

Esa noche el abuelo se acostó temprano. Mamá se encargó de cerrar las puertas y ventana con todo lo que encontró a mano.

Nos despertó de pronto una sensación como de vacío, era como si estuviéramos en el aire y luego cayéramos. Mamá y yo nos buscamos en la oscuridad. Queríamos abrazarnos pero no pudimos porque nos agarrábamos con desesperación el vientre. Creo que sentía lo mismo que yo. No era dolor de estómago, era como si no tuviera nada por dentro.

Un intenso temblor, como si la tierra tuviera huesos y tronaran, nos puso de rodillas sobre la cama. Fue entonces cuando mamá comenzó a llorar y me puso más nerviosa. Sentí más tarde un extraño ahogo. El aire estaba como cuando respiro, muy cerca de la nariz de mamá, el aire que ella expira. Ella trató de prender la luz, pero no funcionó. Entonces prendió el mechón de la sala y miró sobresaltada el reloj. Eran las seis y media de la mañana y todo estaba oscuro y en silencio. Por dentro todas las cosas estaban como las habíamos dejado, pero no escuchábamos el viento en la palma del techo, ni las olas de la mañana cuando llegan a la playa. Fuimos al cuarto del abuelo y ni él ni sus cosas estaban allí. El cuarto estaba lleno como del humo del tabaco del abuelo, pero no olía a nada, y la concha del ermitaño estaba en un rincón, vacía. Mamá tirada en el piso gritaba nerviosa y lloraba muy fuerte, creo que se impresionó mucho con el temblor y la oscuridad que nos llegaba desde afuera.

Nosotras no sabemos, y creo que ya nunca sabremos, por qué puerta salió el abuelo. Cómo hizo para salir y dejar todas las cosas que mi mamá



puso como trancas en el mismo lugar en que las habíamos dejado la noche anterior.

Llevamos tres día aquí y no amanece. Todo está oscuro. El mar ni la gente de afuera se sienten como todos los días. Es como si todo hubiera muerto con el abuelo, o como si el mar y los días se hubieran ido con él. Mamá se ve muy mal. Está como delirando, y nos da mucho miedo abrir la puerta...